LA NOVELA PICARESCA

AÑO I — Buenos Aires, Enero 22 de 1919 — Núm. 7

Amar a obscuras

I

Poco después de las nueve de la noche, un carruaje de alquiler se detenía frente al número 33 de la calle de Hortaleza.

—¡Ahí está, ahí está! — exclamó una mujer asomándose al balcón de un segundo piso.

En efecto; un joven alto, delgado y de tez morena, descendió del vehículo, pagó al cochero y, cogiendo una maleta y una sombrerera que venían en el pescante, entró en la casa y comenzó a subir la escalera.

Allí salieron a recibirle dos mujeres: una que, por su traje y porte, parecía ser la dueña, y la otra la criada.

—¡Querido Joaquín! —exclamó la primera estrechando cariñosamente la mano del recién llegado; — creía que hoy tampoco tendríamos el gusto de verle; le estamos esperando hace una semana.

—Tiene usted razón, — repuso el joven; — pero ya sabe usted lo que es la familia; siempre le retienen a uno más de lo justo.

—Avelina, — dijo la señora a la sirvienta, — lleve usted el equipaje de este caballero a su cuarto.

Avelina obedeció, y Joaquín y su amiga la siguieron, cambiando impresiones.

—Aquí tiene usted su habitación, — dijo ésta introduciendo a Joaquín en un gabinetito coquetonamente amueblado; — quizá sea algo pequeño, pero creo que nada le falta; tiene usted un buen estante para colocar libros, una mesita para escribir, un timbre para llamar a la muchacha si algo se le ofrece, una cama aceptable...

—Sí, señora, sí, — repuso el viajero; — todo está perfectamente, ¡como de manos de usted!

—Gracias por el piropo.

—Veo que mi madre no exageraba al decir que usted era la persona más hacendosa del mundo y que aquí estaría como en mi propia casa.

—¿Eso decía? Lo creo, porque Timotea y yo, desde que nos conocimos en el colegio, siempre nos hemos llevado como hermanas.

—Me ha dado infinidad de encargos para usted.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI000051B700060000